

Sigue de la primera plana es, en cierto sentido, un anuncio de las cosas por venir, debemos aprender del error y evitar que se repita en el futuro, pues re-

decisiones que tengan lugar aquí y más, mucho más, de lo que ocurra en Washington. Esta situación

es, en cierto sentido, un anuncio de las cosas por venir, debemos aprender del error y evitar que se repita en el futuro, pues re-

sulta que algunas de las variables centrales que afectan el desarrollo mexicano se han salido parcial, incluso completamente, de nuestras manos. ¿Era inevitable esta pérdida de control?, quizá, pero no en tan alto grado.

Por ahora, la interdependencia que buscan institucionalizar los actuales dirigentes mexicanos con Estados Unidos, se asemeja enormemente a lo que antes se entendía por simple dependencia: la sobredeterminación de procesos internos fundamentales por decisiones tomadas en los países centrales, decisiones sobre las que casi no tenemos control. El viejo concepto de seguridad nacional adquiere hoy nuevamente importancia y por las malas razones. Arnold Wolfers definió hace 31 años seguridad nacional así: en un sentido objetivo, la seguridad de una nación depende de la ausencia de amenazas a sus valores adquiridos; en su sentido subjetivo, de la ausencia del temor de que tales valores sean afectados (*Discord and Collaboration*, Johns Hopkins, 1962, p.150). En el México de hoy, la seguridad nacional —sus valores centrales— no son amenazados por ningún ejército pero sí por decisiones económicas tomadas más allá de nuestras fronteras. En efecto, uno de los valores principales para México como sociedad, es lograr y sostener un crecimiento económico muy por encima del crecimiento demográfico, pues esa es la única vía de sacar de la marginalidad a 40% de la población mexicana y evitar que otros caigan en ella. Ahora bien, si ese cre-

cimiento hoy y en el futuro realmente depende de la firma del TLC, entonces ni duda que nos hemos colocado, como nación, en una situación de vulnerabilidad enorme, de inseguridad nacional.

Hoy, la simple decisión de un juez norteamericano, si se sostiene, puede causar al país un estrago mayor que el que han ocasionado los bombardeos norteamericanos a Irak. Como todo lector sistemático de la prensa lo sabe ya, el fallo emitido hace una semana por un juez federal norteamericano, Charles R. Richey, cuya oficina se encuentra en Washington, a 2,500 kilómetros del punto más cercano a México, hizo retemblar en sus antros (que no centros, como bien se nos hizo notar recientemente) la tierra política mexicana, y el corazón del proyecto nacional mexicano se cimbró. Ese corazón es, evidentemente, el Tratado de Libre Comercio (TLC) que México está negociando con Estados Unidos (conviene notar aquí que ese documento México lo firmará como tratado, pero Estados Unidos sólo como acuerdo).

Como se sabe, el juez Richey, con una simple decisión, puso a la élite mexicana y algunos más, al borde de un ataque de nervios. La decisión de que se trata, prohíbe al representante comercial de los Estados Unidos, Michel Kantor, presentar al Congreso de su país el proyecto del TLC en tanto no quede claro si su impacto ecológico será o no compatible con la Ley de Protección al Ambiente de Estados Unidos. Es muy probable que los abogados del Presidente norteamericano —los del Departamento de Justicia— ganen la apelación que interpusieron contra esa decisión y que las negociaciones del TLC ganen su carrera contra el tiempo. Sin embargo, el incidente muestra a las claras que la viabilidad del actual proyecto nacional mexicano depende en exceso de fuerzas y acciones que se desarrollan fuera de nuestras fronteras.

En resumen, a estas al-

Es Tiempo de Aprender la Lección

México Apostó Demasiado al TLC

- ★ Ahora Depende de Ello Nuestro Proyecto Nacional
- ★ La Batalla se Libra Tras los Muros del Capitolio
- ★ Riesgo de Caer en una Situación de Inseguridad

LORENZO MEYER

Después de tantos años de ser vecinos y con una élite política educada allá, resulta que seguimos sin entender el juego político en Estados Unidos. Y por no entenderlo, hoy corremos el riesgo de caer en una situación de "inseguridad nacional". Una integración mayor de México con Estados Unidos y Canadá es inevitable y, quizá, conveniente, pero hay formas y formas de hacerlo, y la que se ha seguido es una de alto riesgo.

Desde hace tiempo es evidente que las reglas del juego que van a encuadrar el proyecto nacional del neoliberalismo mexicano, dependen ya menos de las decisiones que tengan lugar aquí y más, mucho más, de lo que ocurra en Washington. Esta situación es, en cierto sentido, un

SIGUE EN LA PAGINA VEINTIDOS

tura está claro que las decisiones más importantes en relación al destino económico de México —del que en buena medida depende su destino político, social e incluso cultural— no se están tomando en México sino en Estados Unidos. Y pese a lo espectacular de la decisión del juez Richey, resulta que no son los jueces sino otros norteamericanos aún más impredecibles los que hoy tienen en sus manos decisiones de importancia vital para México; los congresistas del Capitolio. En efecto, en poco tiempo el TLC se va a discutir y aprobar o rechazar en los respectivos congresos de México y de Estados Unidos. Sin embargo, lo que se diga o deje de decir en el Senado mexicano en relación al TLC —como en relación a cualquier otra cosa—, no tiene la menor importancia, pues en la práctica el Poder Legislativo no existe en nuestro país.

México, quién lo duda, tiene presidencia, pero hace mucho que no tiene Congreso. Posiblemente, como lo señalara don Daniel Cosío Villegas, alguna vez lo tuvo, pero fue por un corto tiempo, tras la restauración de la República en la segunda mitad del siglo XIX. Pero sus raíces eran aún muy frágiles cuando la dictadura porfirista las cortó. Con las elecciones de 1911, el Congreso, como un poder real, volvió a florecer, pero la brutalidad de la dictadura de Victoriano Huerta lo volvió a sumir en la esterilidad. ¿Y después? Pues después ya no ha habido nada, un mero cascarón vacío de contenido. Así pues, el verdadero y único congreso que va a legislar es materia del TLC es el norteamericano, y ahí, a diferencia del mexicano, no es posible determinar de antemano el resultado.

La batalla por el TLC hoy se está librando tras los muros del edificio del Capitolio de Washington. El gobierno de México ha gastado una cantidad récord en su esfuerzo por influir en los legisladores norteamericanos —entre 25 y 40 millones de dólares—

pero ni así ha podido asegurar los votos que busca. En realidad, lo exagerado del gasto ha empezado a arrojar resultados contraproducentes. Como lo acaba de señalar Nora Lustig en el último número de Cuadernos de Nexos (No. 81), el entusiasmo del gobierno mexicano por el cabildero en el Congreso norteamericano, ha llevado a una parte de la opinión pública a considerar que México está intentando influir demasiado en los procesos internos norteamericanos (¿cómo han cambiado los tiempos, antes éramos nosotros los que decíamos eso de los norteamericanos) y ahora cualquier defensor del TLC en Washington corre el riesgo de ser visto con sospecha.

Entre los diputados norteamericanos —los diputados mexicanos no van a tener vela en el entierro— un tercio está en favor del TLC, pero otro tanto está en contra y el resto indeciso. Si el Congreso que realmente tiene en sus manos el destino del TLC, estuviera en México y no en Washington, la presión de la presidencia resolvería en un abrir y cerrar de ojos el problema, pero ese no es el caso.

La lógica de las circunstancias permite suponer que existe la voluntad del Presidente Clinton de hacer realidad el TLC una vez que le ponga su sello personal: los dos acuerdos paralelos. El TLC conviene al interés norteamericano en el corto, mediano y, sobre todo, largo plazos. Económicamente, México es ya una esponja que absorbe cuanto producto se le ocurre a Estados Unidos enviarnos, de ahí nuestro enorme déficit comercial. En el siglo XXI, cuando la economía mexicana sea menos raquítica, el nuestro será un mercado importante para Estados Unidos. Sin embargo, la mayor ganancia de Washington en el TLC es política. En efecto, desde fines del siglo XIX, el principal interés norteamericano en México es mantener la estabilidad del vecino del sur para tener una frontera segura y bajo control. La integración económica de México a su propia economía, le da a Washington nuevos y muy poderosos instrumentos para reafirmar, de cara al futuro, la estabilidad y el control social y político en la potencialmente problemática frontera de Estados Unidos con el subdesarrollo.

Hasta aquí, el TLC no debería tener problemas. Sin embargo, dada la naturaleza del sistema político norteamericano —presidencial pero con un Congreso muy poderoso, cuyos creadores lo pensaron superior a la presidencia— William Clinton no puede imponer su lógica macropolítica a los legisladores. Y lo paradójico, es que los legisladores más problemáticos son, justamente, los demócratas. Como se recordará, hace unos días el Presidente Clinton, apenas si pudo sacar adelante su propia legislación económica en el Senado, pues a la oposición republicana se unió la indisciplina de seis legisladores demócratas. Diputados y senadores norteamericanos van a votar frente al TLC (NAFTA, en su caso) pensando menos en el largo plazo y la macropolítica, y más en el

plazo corto y la política micro, es decir, en las reacciones de los votantes que, en un periodo de desempleo, simplemente ven a México como el sitio a donde se pueden mudar empresas manufactureras deeseas de emplear una mano de obra barata y de habérselas con un gobierno al que no le importa mucho que la industria cumpla realmente con la legislación laboral o que sea cuidadosa con la preservación del equilibrio ecológico. En fin, es claro que los legisladores encuentran políticamente ventajoso hacerse portavoces del ciudadano insatisfecho con el comportamiento coyuntural de la economía norteamericana y que busca preservar empleos históricamente condenados a desaparecer en una economía posindustrial. Sospecho que hay, además, entre los congresistas que se oponen al TLC razones que no quieren decir su nombre: raciales y culturales. Y resulta que es precisamente este tipo de consideraciones las que pueden herir de muerte al interés y seguridad nacionales de México.

En el binomio México-Estados Unidos, el único Congreso que funciona es el norteamericano, y nos guste o no, es ahí a donde partidarios incondicionales o críticos y enemigos del TLC, van a exponer sus argumentos. El Comité de la Pequeña Empresa de la Cámara de Representantes, presidido por John J. LaFalce ya ha llevado a cabo audiencias públicas donde se han expuesto pros y contras del TLC por norteamericanos y mexicanos. Y las audiencias van a seguir y en los formatos más variados. El fin del mes pasado, por ejemplo, en una reunión de académicos y legisladores celebrada en la Cámara de Representantes y patrocinada por tres instituciones académicas de Washington (Centro de Estudios Estratégicos, Brookings y Fraser), académicos norteamericanos se reunieron con congresistas —cinco demócratas y tres republicanos— y discutieron el TLC desde el impacto que tendrá en la economía de ambos países, hasta la relación de ese acuerdo con el sistema político mexicano —cuya fama de no democrático es cada vez mayor— o sus efectos sobre el nacionalismo declinante en México.

De todo lo anterior hay que sacar una lección que no por obvia deja de ser fundamental. Tal como se ha dicho desde hace tiempo, el gobierno del Presidente Salinas apostó demasiado —el proyecto nacional— a un solo caballo —el TLC— y no elaboró un plan de contingencia para el caso de un rechazo del Congreso, tal como ocurrió el siglo pasado con el tratado McLane-Ocampo. Aun es posible que, finalmente, al salinismo le salga bien su gran apuesta. Aun en ese caso, los sucesores de

este gobierno deberían asumir el compromiso de no volver a poner el proyecto nacional en una situación de inseguridad similar a la actual, pues no se puede contar con la buena suerte como un factor de decisión política.

Estados Unidos es un país demasiado complejo, lleno de intereses encontrados y con un sistema político realmente plural, situación que hacen muy peligroso simplificarlo y tratarlo como si tuviera una sola voluntad política similar a la mexicana. Únicamente en condiciones de emergencia, como son los grandes conflictos mundiales, el Presidente, el Congreso, el Poder Judicial y la opinión pública norteamericana se unifican para seguir una clara línea política. En tiempos normales sucede exactamente lo contrario y que hoy estamos viendo: lo que un presidente promete (Bush), es modificado por otro (Clinton), puesto en duda por un juez (Richey) y metido en el túnel de la incertidumbre por un Congreso que, aunque dominado por el partido del presidente, no se disciplina a los deseos de la Casa Blanca.

Juárez vivió en carne propia lo costoso que puede resultar el apoyo y las simpatías norteamericanas; se salvó históricamente por un pelo. Díaz consideró que el mismo gobierno norteamericano que lo había elevado a la categoría de gran estadista, se había finalmente negado a apoyarle cuando estalló la rebelión de Madero en 1910. Victoriano Huerta nunca comprendió cómo el embajador de Estados Unidos apoyó abiertamente su golpe de Estado pero inmediatamente después el presidente de ese país se negó a reconocerlo y le pidió que abandonara el poder. Obregón se confió en que el apoyo de los banqueros norteamericanos le traería el reconocimiento de Washington, pero los petroleros le bloquearon la relación con Washington y le obligaron a firmar los acuerdos de Bucareli. Díaz Ordaz, el anticomunista y disciplinario feroz, fue humillado por el otro anticomunista y disciplinario feroz de Washington, Nixon, con la "Operación Intercpción" en la frontera. López Portillo tendió un costoso gasoducto del sur de México a la frontera con Estados Unidos confiado en que ya había llegado a un acuerdo con las empresas gaseras norteamericanas, para luego toparse con un veto del gobierno de Carter sobre el precio del gas. El último eslabón de esta cadena es el gobierno de Salinas y el TLC. Es tiempo de aprender bien la lección: en la relación con Estados Unidos, incluso suponiendo la mejor buena fe de ambas partes, no hay que poner nunca todos los huevos en la misma canasta, pues en un sistema muy impredecible.